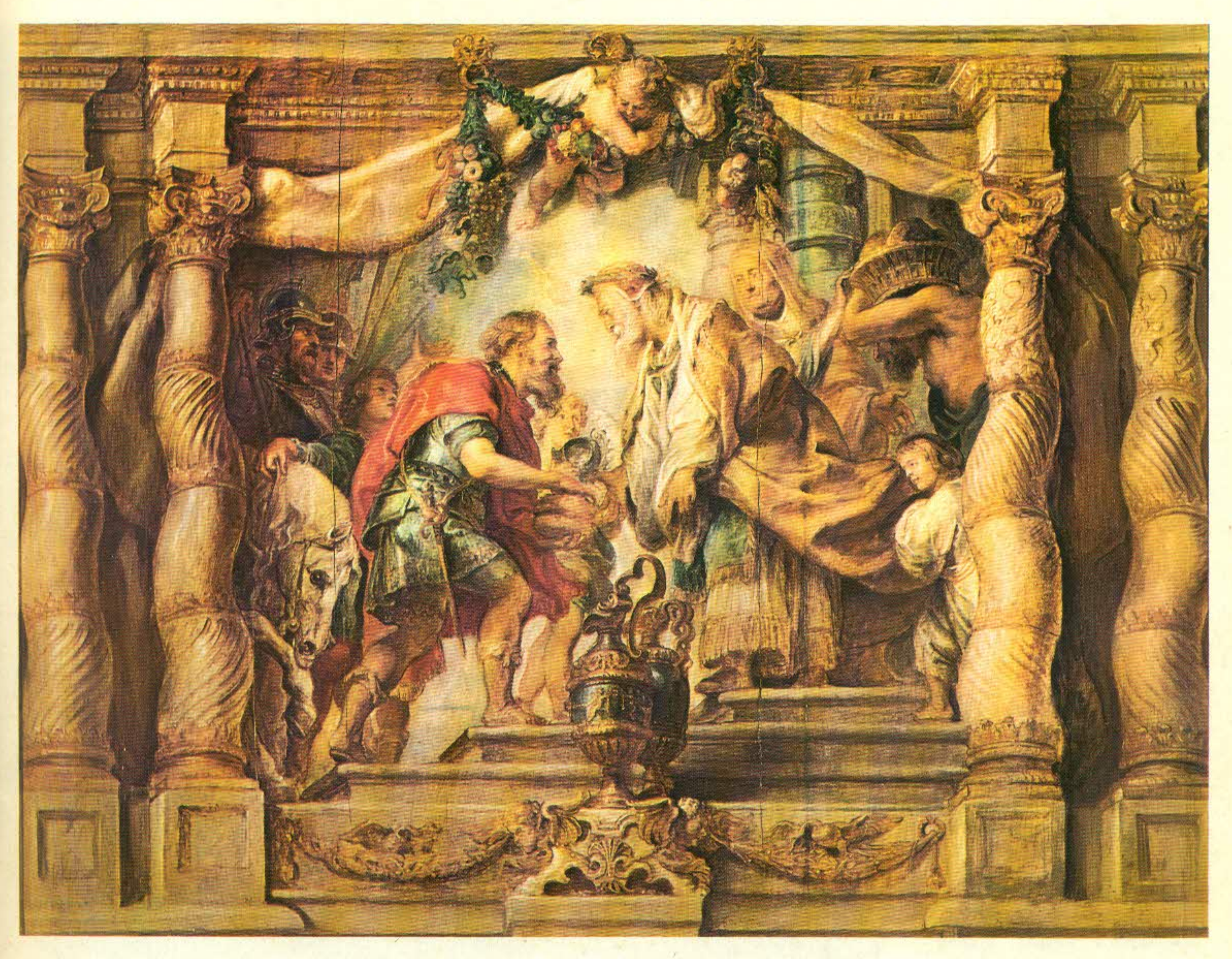


Abraham ofreciendo el diezmo a Melquisedec, por P. P. Rubens (Museo del Prado, Madrid). Al regresar Abraham de una de sus campañas guerreras, le salió al encuentro el sumo sacerdote de Jerusalén, que le ofreció pan y vino. Abraham le agradeció el homenaje con la entrega del diezmo del botín.

Establecimiento de los semitas en Palestina. El "Decálogo"

Entre el desierto de Arabia y el mar se extiende el país montañoso que llamamos Palestina. Cerca de la costa, llanos fértiles forman el camino natural para ir de Egipto a Mesopotamia sin atravesar el desierto, pero pronto aparecen las primeras colinas que formando sierras paralelas van subiendo hasta las montañas de Judea. Su punto más elevado son las alturas que rodean a Jerusalén, a unos ochocientos metros sobre el nivel del mar. Hacia el Este, Palestina está protegida por el más extraordinario fenómeno geológico: un foso gigantesco, de cientos de kilómetros de longitud, corre paralelo a las montañas y el mar. Es el valle del Jordán, la grieta más profunda de la tierra, con sus

Paisaje del valle del Orontes, entre el Líbano y el Antilíbano, región agrícola que en el III milenio a. de J. C. fue ocupada por los cananeos, pueblo semita venido de la estepa siria.

Crátera filistea (Museo de Israel, Jerusalén). Los filisteos, uno de los pueblos del mar que se establecieron a lo largo de la costa entre el monte Carmelo y el extremo superior de Egipto, dieron nombre a todo el territorio, que desde entonces se llamó Filistina o Palestina.

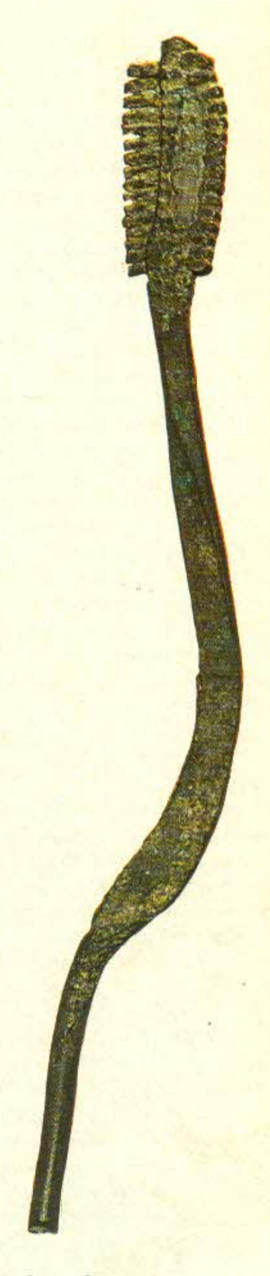


expansiones o lagos, el de Tiberíades y el mar Muerto. Para dar idea de su profundidad, bastará decir que el lago de Tiberíades está ya a más de doscientos metros bajo el nivel del mar, y cuando el Jordán ha llegado al mar Muerto, su nivel es cuatrocientos metros más bajo que el Mediterráneo. Al otro lado de esta cortadura inmensa del valle del Jordán, las tierras se levantan otra vez en plataformas rocosas, que constituyen las dos grandes regiones de la Transjordania: Moab y Edom. Más allá, el desierto, hasta Mesopotamia.

Así, Palestina está protegida al Oeste por el mar y al Este por el desierto y el foso del Jordán. Pero por el Norte, a través de los pasos del Carmelo y del Líbano, se llega fácilmente a Siria y al valle del Eufrates, mientras que, por el Sur, un viaje de siete jornadas de desierto lleva al istmo de Suez y a Egipto. De este modo, Palestina, como ya

hemos dicho, es el puente de comunicación entre Siria y el valle del Nilo. Cuando Napoleón quiso conquistar a Egipto, se aseguró la posesión de Palestina, y para proteger a Egipto en la guerra de 1914-1918, los aliados tuvieron que conquistar también a Palestina. En la antigüedad cada conquistador quiso retenerla en su poder, por considerarla necesaria para atacar o defenderse. Ya hemos visto al faraón egipcio Tutmosis III en la batalla de Megiddo, al pie del Carmelo, decidir la suerte de Asia por varios siglos.

Pero a pesar de la proximidad de Egipto, la raza preponderante en Palestina fue asiática. Los semitas establecieron allí la comunidad que, como Grecia, ha aportado una trascendental contribución al pensa-



Peine de Palestina perteneciente a la época del establecimiento de los israelitas en el país (Museo del Monasterio de Montserrat, Barcelona).

CRONOLOGIA PALESTINA: I. DESDE EL NEOLITICO HASTA EL AÑO 1000 A. DE J. C.

TABLA CRONOLOGICA	PALESTINA	CIVILIZACIONES CIRCUNDANTES
NEOLITICO – 8000	Período natufiense: transición al neolítico, pinturas rupestres.	
– 6000	Período de Karim Sahir y Jericó (6000-5000): civilización precerámica, grandes fortificaciones, figuritas y representaciones femeninas.	Cultura de Merimde y del Fayum en el Bajo Egipto. Cultura de Badari en el Alto Egipto.
– 4000	Teleilat el-Ghassoul, Kudeirah: decoración pictórica en los muros de las casas, ritual funerario muy desarrollado.	
– 3500	Fundación de poblaciones costeras: desarrollo comercial e influencia mesopotámica.	Unificación del Alto y Bajo Egipto en el Imperio antiguo.
EDAD DEL BRONCE – 3000	Población aramea en Canaán; fundación de Biblos y relaciones con Egipto.	
– 2000	Hacia el 1850, emigración de Abraham desde Ur o Harrán hasta Canaán.	Dinastías de los hicsos.
– 1800	El pueblo israelita bajo los patriarcas.	
– 1600	Hacia el 1650, los israelitas se trasladan a Egipto.	Fundación de la XII dinastía e invasión de los hicsos.
		Extensión de la influencia egipcia por Siria y Palestina.
EDAD DEL HIERRO – 1400		Dinastía XVIII y formación del Imperio egipcio.
– 1200	Hacia el 1225, el Exodo desde Egipto.	Retroceso de Egipto ante los asirios y los pueblos del mar; desaparición de Hatti.
	Hacia el 1185, conquista de la Tierra Prometida.	
– 1000	El pueblo israelita establecido en Canaán en lucha con sus vecinos: tiempos de los Jueces.	Formación de la potencia asiria.
	Reinado de Saúl, en torno al año 1000.	
	Reinado de David, 1000-961.	
	Reinado de Salomón, 961-922.	Hiram de Tiro.

LOS AMURRU

Aunque no ha podido establecerse con toda seguridad cuál fue la patria originaria de los semitas, cada vez son más numerosos los eruditos que creen que fue Arabia, de donde sucesivas oleadas emigratorias les llevaron a ocupar muchos y muy distintos puntos del Próximo Oriente.

El hecho es que en época plenamente histórica muchos pueblos semíticos estaban ya establecidos lejos de Arabia. Este es el caso de los amurru –la Biblia los designa con el nombre de amorreos–, que en el III milenio a. de J. C. encontramos ya en el llamado desierto siroarábigo, es decir, al este de la actual Siria. Era entonces un pueblo nómada, que para sus desplazamientos se valía de asnos –el camello aún no había sido domesticado, al menos en aquella zona–, lo que le daba poca autonomía. Durante siglos, los amurru vivieron allí, con la vida errante e indecisa de los nómadas, hasta que a fines del tercer milenio, y más exactamente hacia el año 2200 a. de J. C., el conocimiento, directo o de oídas, de la fertilidad de las zonas relativamente próximas suscitó en ellos la idea de mejorar su nivel de vida. A partir de ese momento se fueron sedentarizando y empezaron a irradiar por amplias zonas del Próximo Oriente, bien sea hacia el Este, hacia las feraces llanuras entre los ríos Éufrates y Tigris que conocemos con el nombre de Mesopotamia (o sea, "entre-ríos"), bien hacia el Oeste, hacia la tierra de Canaán, que, aun no siendo rica como Mesopotamia, podía parecer un vergel para un pueblo acostumbrado a vivir nómada en los oasis del desierto.

Amorrea era la dinastía que gobernó en Larsa (en territorio sumerio), como también lo fue la primera dinastía babilónica (siglos XX-XVII a. de J. C.) a la que perteneció el famoso Hammurabi, el más célebre legislador de la antigüedad, cuyo código ha permitido explicar y comprender diversos aspectos de la historia de Abraham, de quien no debemos olvidar que llegó a Palestina procedente de la ciudad mesopotámica de Ur. Estos hechos son conocidos desde hace años y el Antiguo Testamento alude a algunos de ellos; pero, en cambio, la Biblia ni siquiera menciona el gran imperio amorreo de Mari, que fue un gran foco de civilización de aquellos días.

Mari, actualmente El-Hariri, en Siria, era una ciudad situada en el curso medio del Éufrates, a la orilla derecha del río. Su historia empezó a conocerse a partir de 1933, gracias a las constantes campañas de excavación realizadas bajo la dirección de A. Parrot. Estas excavaciones han permitido reconstruir gran parte de la ciudad y, sobre todo, han desvelado el palacio real de Zimri-Lim, un gigantesco edificio de 300 habitaciones en el que se halló un extraordinario archivo integrado por más de 20.000 tablillas cuneiformes, que contienen textos religiosos, documentos comerciales y jurídicos, así como numerosas cartas, en las que se menciona a menudo a los habiru, que, según muchos historiadores, son los hebreos.

Mari contó con una buena organización estatal y social y fue un notable centro comercial que negociaba a la vez con los estados mesopotámicos y con los estados mediterráneos, como Biblos, Ugarit, Chipre, Creta, etc. Fue también un gran centro de sincretismo religioso, aunque en su religión predominaba el dios epónimo Amurru (dios de la montaña, del temporal y de la inundación) junto con una compañera Asherá, señora de la llanura. Los textos del archivo han brindado abundantes materiales sobre el papel de los profetas, que sirven de ilustración para entender determinados aspectos del profetismo bíblico.

Pero el esplendor de Mari se vio truncado relativamente pronto a consecuencia de la invasión de Hammurabi, que hacia el año 1760 a. de J.C. arrasó la ciudad. Es cierto que resurgió dos siglos más tarde como colonia militar dependiente de Egipto, pero entre los siglos XVI-XIV antes de J. C., Amurru –así la designan los documentos de Tell el-Amarna– sufrió los embates de los grandes imperios próximos. Aprovechándose de las luchas egipcio-hititas, los jefes militares de Mari (uno de los cuales se llamaba Davidum), unidos a los habiru, lograron para la ciudad momentos de independencia alternados con períodos de sumisión (por ejemplo, bajo el hitita Mursil II). La decadencia definitiva de Mari data de los días del asirio Nabucodonosor II (siglo VI antes de Jesucristo).

Paralelamente, los amorreos se habían extendido por el Oeste, por la tierra de Canaán. Tanto es así, que la Biblia parece designar genéricamente con el nombre de amorrea la población de la Palestina preisraelita, quizá confundiendo a los amorreos con los cananeos, con quienes se habían fundido. En tiempo de Abraham, los amorreos estaban establecidos cerca del mar Muerto y de Hebrón y dominaban sobre todo las zonas montañosas, en las que seguían en la época del Éxodo, aunque para entonces ya habían ocupado la parte de Transjordania que se extiende entre el río Arnón y el monte Hermón. Vivieron pacíficamente con los hebreos en el período de los Jueces; pero más tarde el rey Salomón los sometió y les impuso tributo. La huella más duradera de este pueblo semita parece ser el nombre de Jerusalén. Probablemente de origen amorreo, el paso de la historia no ha logrado borrarlo o sustituirlo.

D. R.

miento humano. Ya se comprenderá que nos referimos a las tribus de Israel, que más tarde formaron la nación judía. En aquella encrucijada de Egipto y de Asia, país difícil, sin agua ni grandes montañas ni extensas llanuras, sin riquezas naturales, y siempre amenazado de caer en manos de un nuevo conquistador, aparecieron hombres dotados de una sensibilidad espiritual impropia de su tiempo. Impulsados por una ambición que aún admiramos, los semitas de Palestina se plantearon con claridad no superada los más grandes enigmas del universo. Los escritos de los profetas hebreos, mutilados y fragmentarios, han llegado hasta nosotros en la compilación llamada *Biblia*, que se ha convertido en el texto santo de casi toda la humanidad. No hay que decir, pues, que la historia del pueblo que dio origen a este libro ha despertado más curiosidad que la de ningún otro del mundo.

Y, sin embargo, no fueron los judíos los primeros pobladores de Palestina. Sílex tallados del período paleolítico, encontrados en Judea y Transjordania, se han acumulado en el museo de Jerusalén y en el de la universidad de Beirut. El hombre paleolítico en Palestina debía de vivir en abrigos como su contemporáneo de Francia y España.

Acaso de estos primeros habitantes de la Palestina prehistórica quedaron sobrevivientes diseminados entre los otros invasores posteriores, y descendientes de ellos podrían ser los terribles gigantes Refaím, que atemorizaron a los espías que envió Moisés como exploradores al otro lado del Jordán. Según

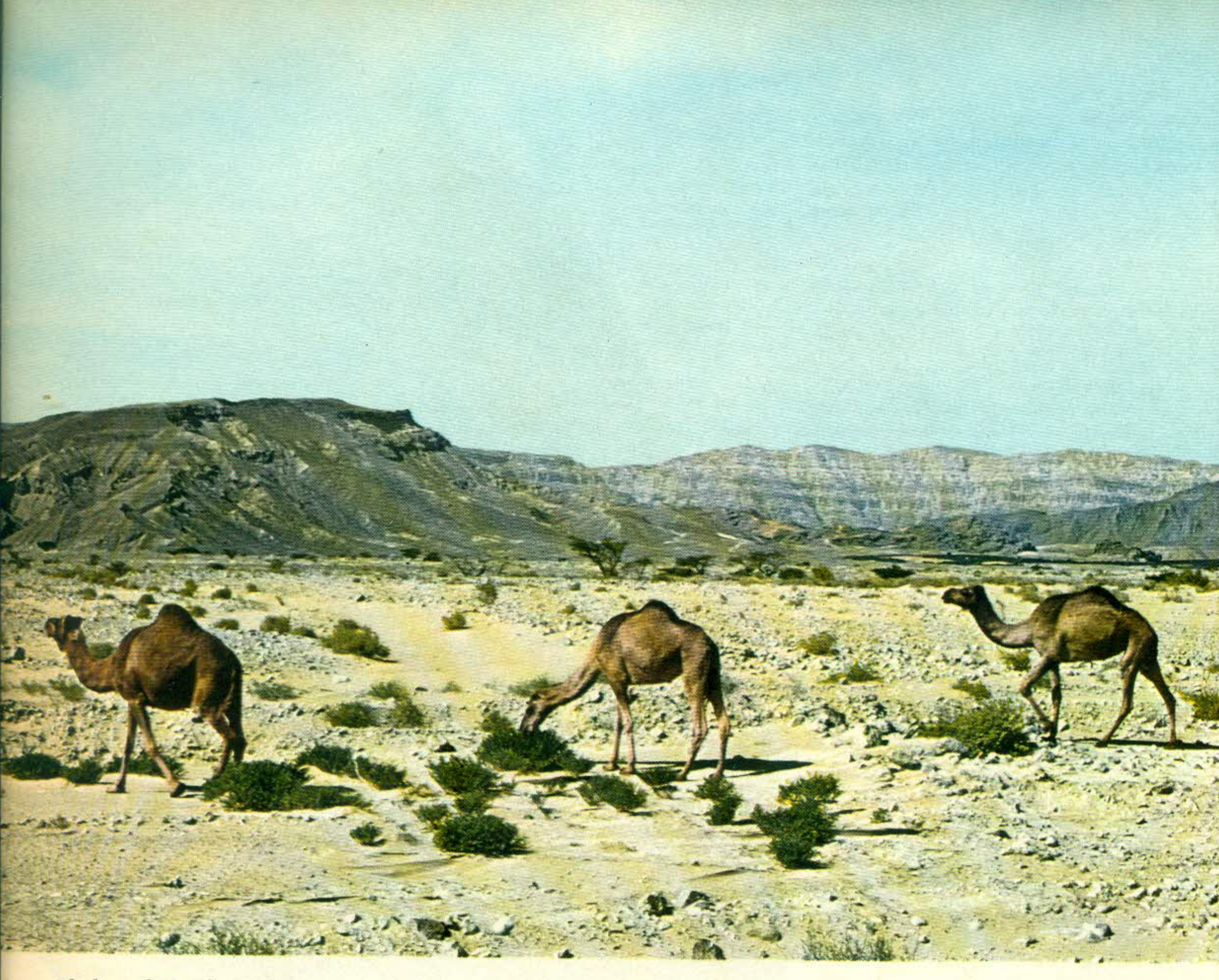
otra información del Libro de Josué, este caudillo judío aniquiló a los gigantes que vivían aún en su tiempo en las montañas de Hebrón, de Judá y de Israel, de manera que debían de estar esparcidos por toda Palestina. Sus cavernas fueron utilizadas en épocas posteriores; David y Sansón se refugiaron en circunstancias críticas en las cuevas de los Refaim. Goliat y otros gigantes de la historia judía serían, sin duda, sus últimos representantes.

A éstos parece haberse superpuesto otra raza neolítica de tipo más bien pequeño, que poseía vasijas de cerámica hechas a mano, con adornos que imitan la cestería, y conocían ya los cereales. Por los huesos de animales que acompañan sus restos sabemos que habían domesticado el buey, la cabra, la oveja y el cerdo.

La civilización neolítica de Palestina debió de alcanzar un período larguísimo, hasta que hacia el año 3000 a. de J. C. se derramaron sobre el Asia las primeras oleadas de emigrantes semitas. Los hemos visto llegar a la Mesopotamia, conviviendo primero con los sumerios para acabar siendo el elemento preponderante en Babilonia. Otros, sin detenerse en Mesopotamia, ya poblada, marcharon más al Norte, fundando las colonias que después serán Asiria; otros, siguiendo siempre el curso del Eufrates, llegaron hasta el Orontes y el Líbano, instalándose en las tierras donde florecieron los reinos arameos de Siria, Damasco y Fenicia. Otros pueblos, acaso directamente (infiltrándose a través del desierto) o haciendo todo el itinerario desde Arabia a Mesopotamia y de allí a Siria, bajaron a Palestina, desposeyendo de ella a sus primitivos pobladores. Los inmigrantes semitas conocían ya los metales, de manera que estaban en condiciones muy favorables para imponerse a sus predecesores, que no habían salido de la edad de la piedra. Es probable que los hombres neolíticos que subsistieron a la invasión se mezclaran en un plazo relativamente breve con los recién llegados semitas, que representaban un grado más avanzado de cultura. De la mezcla de ambas ramas procederían, pues, los llama-



Modelo reducido de vivienda aramea (Museo del Louvre, París). Los arameos, pueblo en que se hallaban incorporados los hebreos, eran tribus nómadas que durante el II milenio a. de J. C. penetraron en las tierras ocupadas por los cananeos.



El dromedario, hasta hace muy poco único sistema de locomoción en el desierto, está vinculado a todas las migraciones de los pueblos semitas y árabes.

dos *cananeos,* que encontró Abraham al llegar al país.

Las emigraciones periódicas de los semitas de Arabia han sido siempre sucesos importantísimos en la historia del mundo. Parece como si cada mil años la misteriosa península arábiga experimentara una crisis de extraña actividad genésica y espiritual que obligara a sus habitantes a emprender aventuras, predicaciones y conquistas. La emigración que tuvo efecto en el III milenio antes de J. C. debió de ser una penetración pacífica de familias o tribus nómadas, que dejaron la vida del desierto para establecerse en los valles fértiles, al lado de sus antiguos pobladores. No hay en la historia de Babilonia recuerdo de expediciones de conquista de los semitas recién llegados, como las que sucedieron a la muerte de Mahoma, pero ya se advierte en los semitas primitivos un espíritu de proselitismo que no tienen otras razas, que están bien celosas de "su verdad".

La historia de Abraham, conservada en las tradiciones de judíos y mahometanos, ha sido comprobada por los modernos descubrimientos arqueológicos; es el más vivo ejemplo de las emigraciones de los semitas primitivos. Los abrámidas, sin embargo, no conservaban ningún recuerdo de su origen de la Arabia. La familia de Abraham estaba establecida en Ur, en el delta del Eufrates. Ur quiere decir ciudad; era, pues, la ciudad por excelencia, una idea enteramente contraria al nomadismo de Abraham y de sus descendientes por varios siglos. Las ruinas de Ur, que se destacaban como un montículo informe en el llano del delta, fueron excavadas por una comisión mixta del Museo Británico y de la universidad de Pennsylvania; debajo de los escombros apareció la torre cuadrada, el zigurat del templo de Sin, o la Luna, el famoso dios de Ur.

Al pie de aquella gigantesca mole, Ur, la ciudad santa, extendía sus hileras de chozas de barro y cañas. Más allá todavía, en el llano que rodea a Ur, debían de apacentar sus



Tienda de nómadas en territorio del Líbano que, por su fácil instalación, permite rápidos desplazamientos. Esta sería la habitación de viaje de los pueblos que, del siglo XX al XVII a. de J. C., se desplazaron desde la zona mesopotámica de Ur a Palestina. Uno de los jefes de estas migraciones fue Abraham, el patriarca bíblico.

ganados los nómadas semitas como Abraham, tolerados en aquellos tiempos con mayor razón que hoy toleramos a los gitanos.

Cuánto tiempo vivieron Abraham y sus antecesores en Ur no lo han recordado las tradiciones de los abrámidas; debieron de ser varios siglos, pues allí aprendieron las ideas sobre la Creación y el Diluvio de los pueblos sumerios, con mil otras leyendas y costumbres. Por ejemplo, Abraham, no teniendo todavía hijos, adopta por tal a un esclavo, Eliezer, según costumbre babilónica que vemos legalizada en el Código de Hammurabi. Sara, la esposa de Abraham, se procura descendencia dándole a su marido una esclava suya para que de ella tenga un hijo, que lo será de Sara, método también legal según el mismo Código. En una palabra, el olvido de su común origen de la Arabia y lo mucho que aprendieron los abrámidas durante su permanencia en la Mesopotamia hacen suponer que su estancia allí duró bastante tiempo.

Por otra parte, debieron de quedar en los nómadas acampados en las afueras de Ur recuerdos de la religión monoteísta prehistórica de los semitas. La Biblia no lo precisa tanto, pero en el Talmud y el Corán se explica la repugnancia que sintió Abraham al presenciar los cultos idolátricos de las divinidades sumerias. El padre de Abraham, que se llamaba Tera, fabricaba imágenes de fetiches. Es cosa frecuente todavía en nómadas, como los gitanos, procurarse un ingreso con un oficio manual. Abraham se resistía a fabricar aquellos ídolos de su padre que se venderían en el gran patio del templo de Ur. Le repugnaba poner fe en las imágenes del dios lunar o del Sol y los astros. Se rebelaba a continuar practicando un oficio que ayudaba a la superstición y pidió y consiguió que su padre consintiera en emigrar a un país de estricta raza semítica. Es necesario hacer observar que mientras los otros grupos de semitas en Summer y en Caldea adoptaron sin resistir la mitología de los sumerios, los

abrámidas, que después serán los judíos y los árabes, no aceptaron la religión de las gentes que les precedieron en el delta del Eufrates y, evitando el desierto, marcharon hacia Siria siguiendo la ruta de tierras fértiles, el semicírculo fértil.

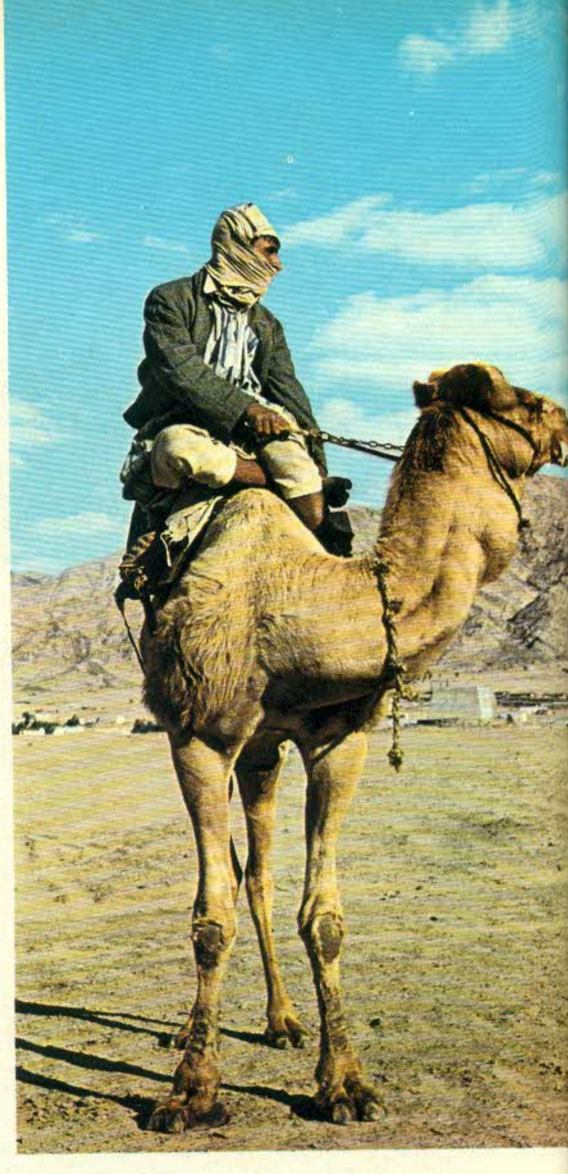
El itinerario de Abraham y su caravana está correctamente especificado en la Biblia.

LA INVESTIGACION ARQUEOLOGICA EN PALESTINA: I. EL SIGLO XIX

Primeros estudios sobre la historia, el poblamiento y la civilización palestinos.

Fecha		
1850	Primeras realizaciones.	Fundación de asociaciones de estudiosos.
	1832 y 1852: exploración y viajes de E. Robinson por toda Palestina.	1865: Fundación para la Exploración de Palestina.
1870	1851-52 y 1863: excavaciones en Jerusalén por F. de Saulcy.	1877: Asociación alemana para la investigación en Palestina.
	1869: estela de Mèsa con escritura hebraica antigua hallada por Ch. Clermont-Ganneau.	
	Excavaciones y estudios sistemáticos por arqueólogos profesionales.	Instituciones especializadas.
1890	1890: empleo por Flinders Petrie del método estratigráfico en la excavación del poblado de Tell el-Hesi (¿Lakhis?).	1890: Escuela Bíblica de Jerusalén.
1900	1898-1900: excavaciones en Tell-Zacariya y Tell es-Safi.	1898: Sociedad alemana para Oriente.
		1900: Instituto Americano para la Investigación en Oriente.
	1901: excavación de Ernst Sellin en Tell ta-Annek (Taanak), lográndose tablillas con escritura cuneiforme.	
	1902-1909: R.A.J. Macalister en Tell Yezer (Guezer).	1902: Instituto Alemán Evangélico para la Arqueología en Tierra Santa.
	1903: G. Schumacher en Tell el-Mutesellim (Megiddo).	
	1903-10: investigadores de la universidad de Harvard en Sebastiye (Samaria).	
	1905: Flinders Petrie en el Sinaí, hallando textos jeroglíficos egipcios y protoalfabéticos (siglos XIX-XVIII a. de Jesucristo).	
	1907-1909: Ernst Sellin en Tell es-Sultan (Jericó).	
1915	1913: Sellin y Praschmiker en Tell Balata (Siquem).	

El estallido de la primera guerra mundial interrumpe los trabajos de los investigadores anglosajones. Palestina es ocupada por los aliados de los estados centrales.



Arabe cruzando el desierto a lomo de dromedario.

Remontaron el curso del Eufrates hasta Siria o Padan-Aram. Allí murió el padre de Abraham, y éste, con su primo Lot, por la ruta de Damasco, entraron en Palestina. Su primer campamento se instaló en Sichem. "Y había ya cananeos en el país", añade el *Génesis*. Ya hemos dicho que los cananeos eran la mezcla de los primeros pobladores neolíticos y de los semitas que precedieron a los judíos en Palestina.

Además de los cananeos, había allí bandas de hititas, quienes formaban grupos de otra cultura muy distinta de la semítica. Siglos más tarde, Jeremías, para insultar a Jerusalén, le dice a esta ciudad: "Tu madre era una cananea y tu padre un hitita", queriendo dar a entender que acaso, en un principio, Jerusalén fue una ciudad doble, o *dipolis*, con un barrio cananeo y otro hitita. Los abrámidas se apoyaron naturalmente en el elemento cananeo, que era de su misma raza, y la Biblia recuerda los nombres de los amigos de Abraham que le ayudaron en su instalación. Pronto las familias y ganados cre-

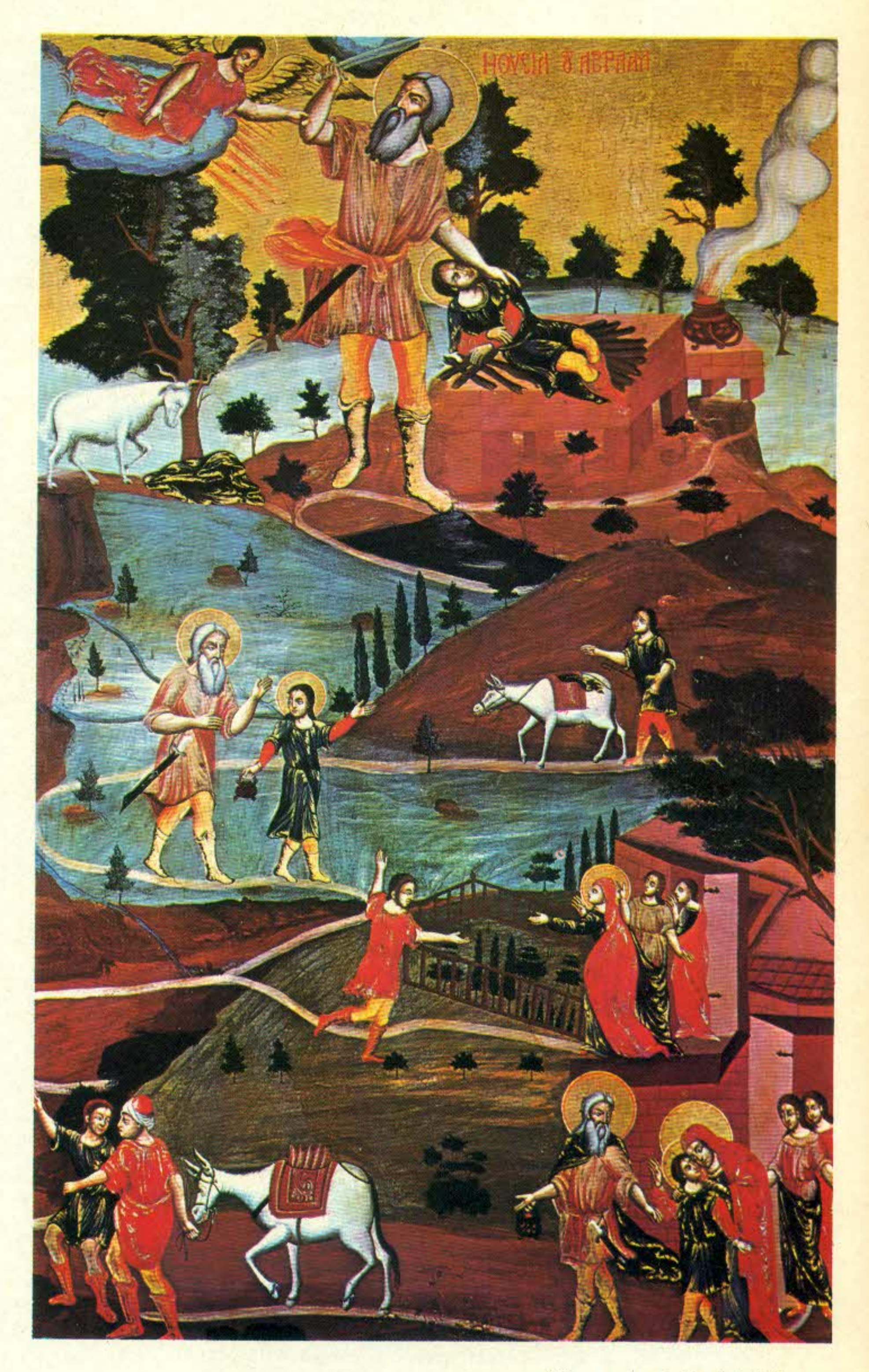
cieron de tal manera, que se hizo necesario separarse; Abraham, generosamente, cedió a Lot los mejores pastos del valle del Jordán.

En el capítulo XIV del *Génesis* se cuenta que un rey de Susa, Kedor-Laomer, emprendió una campaña contra varios jefes cananeos del valle del Jordán (el mar Salado o sea el mar Muerto) y que en esta incursión Kedor-Laomer hizo prisionero a Lot, el primo de Abraham. Según la Biblia, este incidente ocurría en tiempo de Amrafel, rey de Sinar, o sea Babilonia. Añade además que Abraham, teniendo noticia de la desgracia que había ocurrido a Lot, armó a trescientos dieciocho de sus criados, persiguió a Kedor-Laomer y regresó con su botín después de haber rescatado a todos los prisioneros. El relato bíblico ha adquirido verosimilitud al descubrirse la existencia de un tal Kudur-Lagamar, que es el mismo Kedor-Laomer del *Génesis*. Además, éste se titula señor de la tierra de Amón, con derechos a lo que hoy llamamos Transjordania. Más aún, se ha probado hasta la saciedad que Amurafel, rey de Sinar, no es otro que Hammurabi de Babilonia, mal leído por los hebreos. Hoy se acepta sin vacilación que el relato de la batalla entre Kedor-Laomer y Abraham fue registrado en una tableta con escritura cuneiforme, lo cual explicaría la mala lectura por los hebreos de estos nombres y aun su prefacio: "En tiempo de Amurafel, o Amurabil", que es la manera de comenzar los textos históricos de Babilonia.

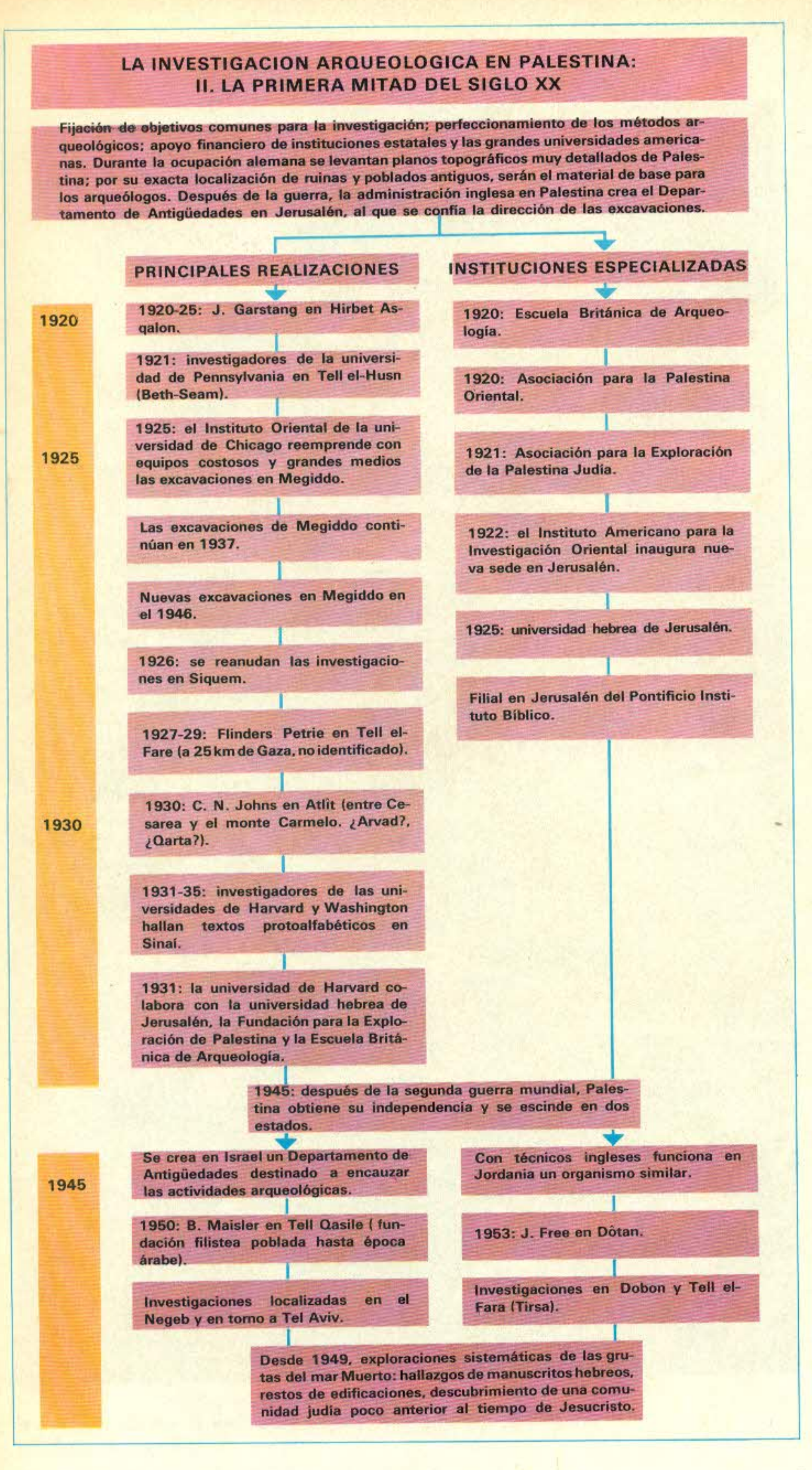
Ya Abraham en Palestina logró confirmar su alianza con el dios único haciendo una especie de contrato que fue de la más grande consecuencia para la humanidad. Abraham creyó poder pactar con su dios aceptando la obligación de circuncidarse y recibiendo, en cambio, la posesión a perpetuidad de la Palestina.

Al hacer voto para él y sus descendientes de no prostituirse con idolatrías, el dios único se le apareció como una ráfaga de fuego ardiente atravesando entre las dos mitades de tres animales sacrificados. Fue una visión, fue una alucinación o lo que fuera, pero quedó establecido como un rito tremendo que se repetía en horas difíciles para los descendientes de Abraham.

Creemos inútil continuar aquí la historia de Abraham, Isaac y Jacob, ni explicar la instalación en Egipto con otros nómadas semitas. Difícil es distinguir, en la emocionante historia de los patriarcas y de José y sus hermanos, lo que puede haber de verdad y lo que son embellecimientos posteriores. Cuando los judíos se hallaban en Egipto, Palestina continuaba todavía bajo la soberanía nominal del faraón. Pero el faraón ya no era un guerrero como Tutmosis III, sino el místico Akhenatón, y su intervención en los asuntos de esta provincia lejana había de ser por fuerza intermitente e ineficaz. El estado de relajamiento de la administración egipcia de Palestina en tiempo del faraón místico se comprobó hace pocos años, al descubrirse en Tell el-Amarna la correspondencia de los gobernadores egipcios de Asia con su amo. Los despachos oficiales de las autoridades egipcias están escritos en tabletas con escritura cuneiforme, no en jeroglíficos ni en

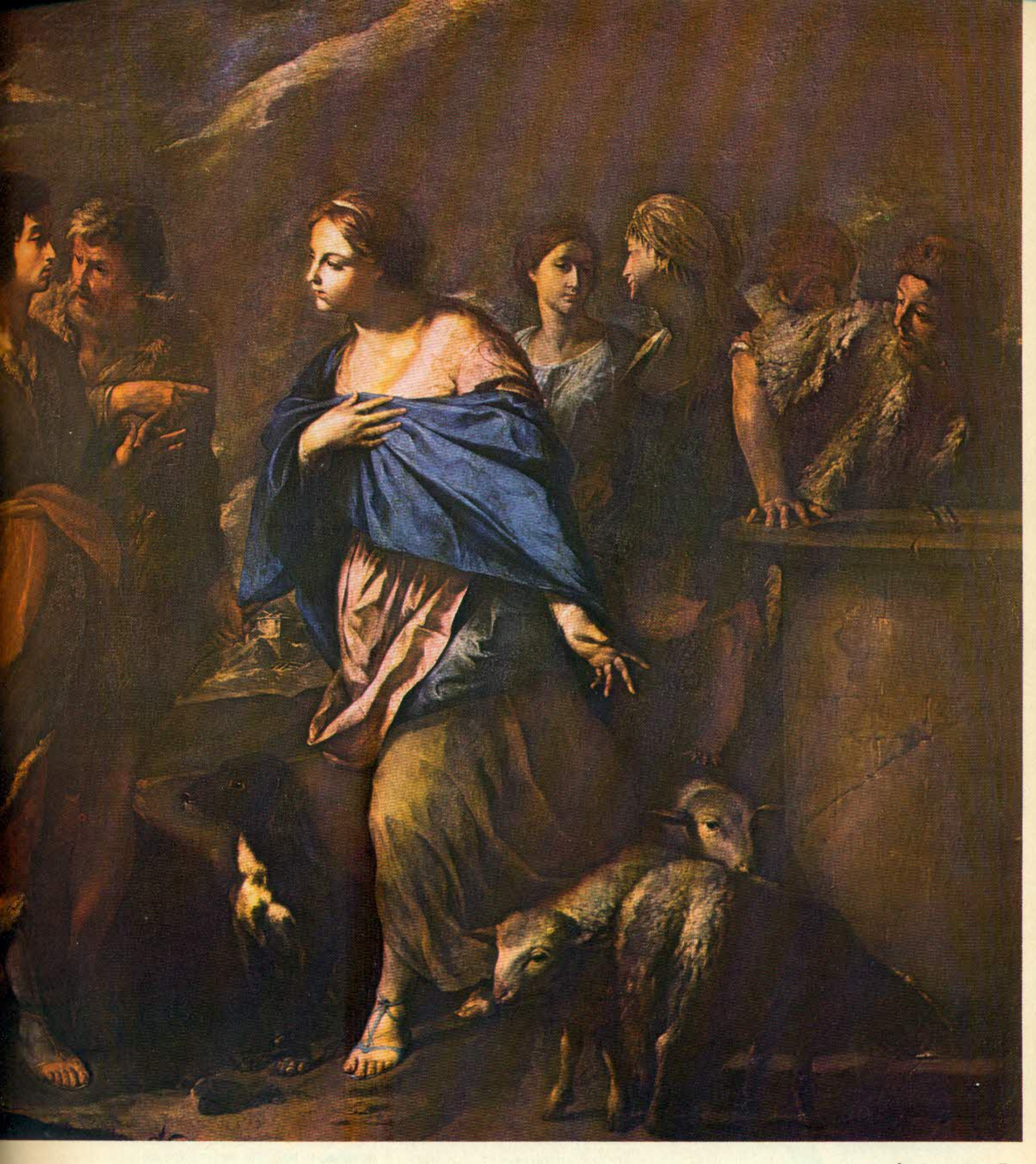


Oleo sobre tela del siglo XVII que representa un episodio de la historia de Abraham narrado en la Biblia: el sacrificio de su hijo Isaac en el monte Moria.



papiros, y la lengua es la de Babilonia. Todos se quejaban del desorden en que se halla el país, se acusan unos a otros de conspirar contra los demás y contra el faraón; todos piden que se manden tropas. "Si vienen auxilios este año –escribe el gobernador de Jerusalén–, las provincias del rey mi señor se salvarán; pero si no llegan auxilios, las provincias serán destruidas."

Los documentos de Tell el-Amarna nos informan de que la organización egipcia había respetado las antiguas divisiones del país; a los clanes y ciudades independientes de cananeos e hititas habíaseles impuesto sólo un gobernador elegido por el mismo faraón. Inspectores o comisarios, como agentes enviados por aquél, recorrían periódicamente el país, tratando de pacificarlo con el solo



Encuentro de Isaac con Rebeca, por A. Vaccaro (Museo del Prado, Madrid). Según el relato bíblico, Isaac, hijo de Abraham y Sara, casó con Rebeca, de la que tuvo dos hijos: Esaú y Jacob. Los hijos de este último dieron nombre a las doce tribus de Israel.

prestigio, que a veces era insuficiente, de la autoridad del faraón al que representaban.

El estado de la Palestina prejudaica se aclara también con un poema humorístico egipcio, donde se relatan las aventuras de un viajero que deja su cómoda vida del valle del Nilo para ir a curiosear por las provincias del Asia. El autor, que se llamaba Nek-Sotep y era profesor de literatura de la corte de Ramsés II, se burla de un amigo suyo, al que da el apodo semítico de Mohar, quien, habiendo efectuado un viaje por toda Siria, se daba aires de importancia a su regreso.

"Yo os describiré el carácter de Mohar y lo que él hizo y lo que dice: –¿Has llegado tú a la tierra de los hititas; has visto tú el Orontes, Alepo, Beirut?, etc." Así empieza Nek-Sotep; después sigue explicando las delicias

Las dificultades de la vida nómada, reflejadas en los rostros de estos habitantes de Jordania, fueron la tónica general del establecimiento de los semitas en Palestina.

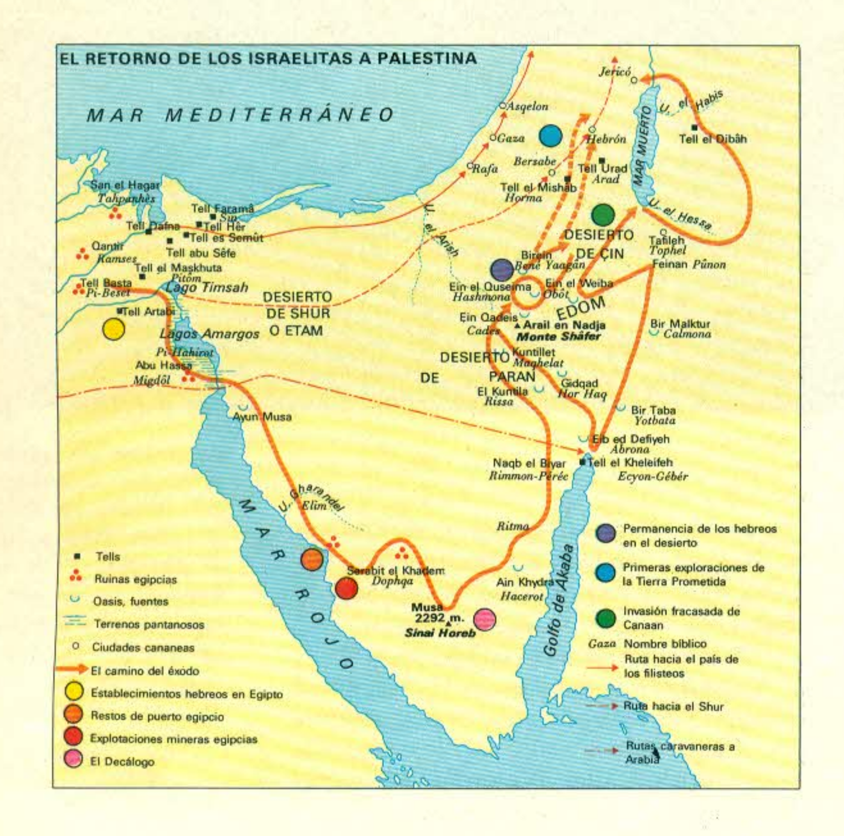
del viaje. "¿Qué te ha pasado, Mohar? Tu carro está caído, tú estás por tierra y tus miembros doloridos. ¿Tienes algún hueso roto?... Has quedado sin conocimiento. De pronto te despiertas; es de noche y estás solo. ¡Oh, solo no! Un ladrón ha acudido para robarte. Después sueñas que la policía lo descubre, lo coge y te devuelven tus bienes. Tú viniste a Jaffa, ¡oh Mohar!, cuando las palmeras estaban en flor. La muchacha que cuidaba del vergel te concedió todo lo que pedías. Pero tuviste que defenderte ante el juez y pagar como lienzo fino lo que no era sino un trapo."

Las alusiones a los malos caminos de Palestina son abundantes en los *Trabajos de Mohar,* pero también se encuentran allí herreros nómadas para reparar los carros. Sus habitantes, los cananeos, carecen, al parecer, de dignidad; leyendo la novelita de Mohar, casi se comprende la política de exterminio que los judíos adoptaron al llegar allí después del Exodo.

¿Cuándo ocurrió el Exodo o salida de los israelitas de Egipto? Probablemente en la época de Amenofis II, aunque otros creen que fue en la de Meremptah, sucesor de Ramsés II. Difícil es señalar los años que pasaron los israelitas en Egipto. Cuando entraron en el delta Jacob y sus hijos, según la Biblia no eran más de setenta; al salir los judíos de Egipto eran una multitud.

Tampoco hemos de repetir en detalle la historia del Exodo, pero en aquel preciso momento apareció entre los judíos una figura de profeta, de caudillo y de legislador que merece toda nuestra atención. Este es Moisés. También sobre Moisés y su obra la alta crítica se ha entregado a un trabajo de examen que demuestra siempre gran desconfianza. Hasta se ha puesto en duda su existencia, y todavía se insiste en negarle participación en la redacción de lo que llamamos *Ley mosaica* y el *Decálogo*. Renan escribió, tal vez temiendo llegar a creer demasiado:

"¿Qué pensar del hombre que se ha hecho colosal entre las más grandes figuras de la humanidad y a quien todos los relatos antiguos hacen representar el papel más importante en la salida de Egipto de los judíos? Difícil es responder categóricamente. La figura de Moisés aparece envuelta por la leyenda y, aunque su existencia resulta muy



Tipo actual del desierto jordano tañendo un rudimentario instrumento musical de fabricación propia.

probable, es imposible hablar de él como se habla de otros hombres divinizados o transformados".

Así discurre Renan, con habilidad, reserva y elocuencia, mas sin atreverse a asegurar la existencia del gran caudillo. Pero desde que Renan escribió, Moisés ha renacido del polvo del pasado con los restos recuperados de documentos y ruinas. Hoy sabemos con seguridad que, por una u otra causa, un hebreo de la tribu de Leví, llamado Mesu, recibió una educación esmerada entre los egipcios. Manetón dice que Moisés creció en la colonia sacerdotal de Heliópolis, pero lo más probable es que su erudición se redujera a un superficial conocimiento de la teogonía egipcia y que en la corte se le educara para gran señor, noble o soldado.

Cuando Mesu o Moisés llegó a su mayoría de edad, Egipto fue invadido por los etíopes, y el joven hebreo se distinguió no poco persiguiéndolos, consiguiendo entrar en Meroe, la capital de Etiopía. Mesu quedó en Meroe como virrey del faraón y allí debió de casarse con una etíope o cusita. De esto se encuentra una curiosa confirmación en la Biblia. Más tarde, en el desierto, cuando Moisés, caudillo del pueblo de Israel, tiene que desbaratar conspiraciones que traman sus enemigos entre los propios israelitas, es acusado de haber tomado una mujer etíope. "Y Miriam y Aarón murmuraban contra Moisés porque había tomado una mujer etíope, porque él se había en verdad casado con una etíope." Esta es toda la referencia que se hace en la Biblia de la actuación oficial de Moisés como dignatario del faraón.

Al regreso del semita Moisés de Etiopía ocurrió un incidente que fue decisivo para la historia del pueblo judío: este hebreo, que era ya general del faraón, acertó a ver que un egipcio maltrataba a un paisano suyo y, llevado de la ira, mató al egipcio y tuvo que escapar, abandonando su cargo y su posición.

En lugar de esconderse en Etiopía, donde acaso tenía parientes y amigos, Moisés se

Amuleto egipcio de tierra cocida y esmaltada (Museo del Monasterio de Montserrat, Barcelona).





Vidriera de la escuela de Hans Jacob Nuscheler, de Zurich, que representa la escena bíblica del paso del mar Rojo por los israelitas perseguidos por el ejército del faraón (Museo del Louvre, París).

fue al Sinaí y allí encontró las avanzadas de los semitas, los nómadas beduinos, gentes ya de su raza. Moisés recobró entonces su naturaleza, oyó los cantos y leyendas de sus hermanos del desierto, no corrompidos como los judíos por la servidumbre de Egipto, y se sintió otra vez puro semita. Es interesante observar su transformación espiritual, producida por la soledad en el desierto. David también recibe su inspiración en los desiertos de Judea; asimismo Jesús y san Pablo se van al desierto antes de su predicación.

La estancia de Moisés en el desierto debió de durar varios años, pues allí se casó con la hija de un jefe de los nómadas beduinos y tuvo de ella dos hijos. Allí se despojó completamente de su carácter egipcio y, desde el fondo subconsciente de su alma, salieron a la superficie las viejas tradiciones de los abrámidas. En el desierto tuvo Moisés sus primeras visiones o éxtasis, en los que Dios se le manifiesta ya como el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. La Biblia habla de la aparición de Dios entre una zarza ardiendo, pero también la Biblia dice que Moisés veía a Dios cara a cara. Las visiones debían de ser terribles para estas almas primitivas, mucho más plásticas y reales que las visiones espiritualizadas de nuestros místicos modernos. "Las primeras visiones de Mahoma –dice uno de sus compañeros– eran tan claras como las cosas que vemos con la luz del día."

Estos contactos con la divinidad causarían una impresión enorme en un hombre práctico, guerrero y político como Moisés. Dios se le manifiesta como Iavé (Jahvé o Jehová), "el que es", solo, único, terrible y celoso de su pueblo. Moisés recibe la orden de regresar a Egipto y disponer allí la emigración en masa de sus compatriotas hacia el desierto y la Palestina. La empresa no era fácil. Por de pronto, había que lograr permiso de las autoridades egipcias; además, tenía que convencer a todo un pueblo, habituado ya a una vida sedentaria, para que volviera al nomadismo. Pero Moisés debía de estar poseído de la fuerza espiritual que mueve las montañas. Así como había abandonado su carrera, movido a piedad de sus compatriotas, esclavizados y maltratados, abandona ahora el desierto y hasta su familia. Anticipándose a la fórmula evangélica, "los que creen como yo, son mis padres y mis hermanos", Moisés abandona a su esposa del desierto y a los hijos que ha tenido de ella, quienes tristemente regresan al campamento de su abuelo. La Biblia cuenta este episodio de un modo que hace sospechar que Moisés llegó a poner en duda la verdad de esta ley capital del espíritu y Dios quiso castigarle. Marchando hacia Egipto con su familia, "ocurrió que en el camino se detuvieron en una posada, y allí el Señor trató de matar a Moisés". La esposa de Moisés procura apaciguar a Iavé apresurándose a circuncidar a sus hijos, pero no basta este sacrificio, y Moisés comprende que tiene que abandonar a su familia para poder cumplir libremente su misión. Antes de entrar en Egipto tiene una entrevista con un pariente suyo, de la misma tribu de Leví, llamado Aarón, y ambos preparan allí, en el desierto, el plan de campaña. "Y Moisés y Aarón fueron juntos a los ancianos de Israel, y Aarón contó las palabras que Iavé había dicho a Moisés y las señales que le había dado. *Y el pueblo creyó...*"

He aquí la fuerza comunicativa de la fe. ¡Moisés no se había desterrado y sacrificado en vano!

Creemos inútil describir el Exodo con todos sus detalles. Sólo recordemos que este viaje de Egipto a Palestina, que se hace ordinariamente en siete días, duró, según las tradiciones judías, cuarenta años. Así todo el pueblo pasó por la misma experiencia de soledad y de amargura que había pasado su caudillo. La abstinencia, el sacrificio conti-

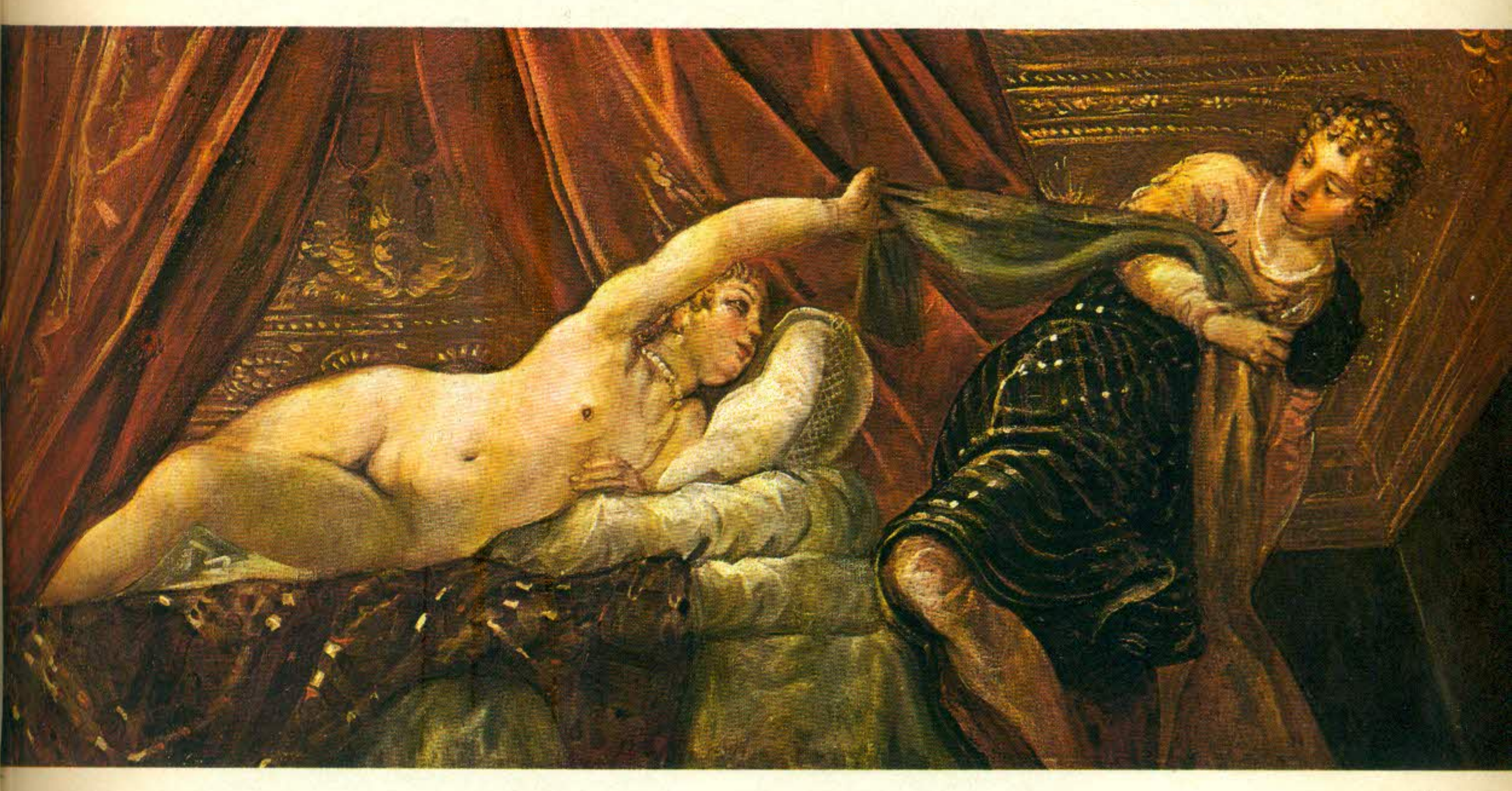
nuado de esta caravana de familias ineptas ya para el nomadismo, prepararon al pueblo entero para experimentar esos paroxismos de fervor místico que son frecuentes en las mentes primitivas. Ellos explican las visiones colectivas de la columna de fuego y la nube que precedía a la caravana en su camino por el desierto, y los truenos y relámpagos en el inhospitalario Sinaí. "Y todo el pueblo tembló", dice la Biblia. Y claro está que en estas condiciones la multitud podía ver arder la montaña y oírla gritar, así como también percibir voces y sonidos de trompetas entre las nubes experimentando pavor, profundo espanto.

La larga estancia de los israelitas en el desierto puede explicarse por causas puramente políticas. Palestina continuaba siendo una provincia egipcia y, aunque entonces la autoridad del faraón era allí nominal, Egipto, mientras le quedase un resto de fuerza, no toleraría la destrucción de sus aliados cananeos e hititas, que ocupaban el país. Era necesario, pues, esperar un período de perturbación, como los que acostumbraban ocurrir al final de cada dinastía, para atreverse Moisés a lanzar a su pueblo sobre unas tierras que dependían del faraón; además, era esencial extirpar de la mente de los israelitas las supersticiones que podían haber admitido de Egipto y, para conseguirlo, nada tan indicado como el ayuno y la penitencia en el desierto. Estas supersticiones serían tal vez superficiales y aun superpuestas a la tradicional religión de Abraham y sus descendientes. Cuanto más conocemos de Egipto y de Mesopotamia, mejor comprendemos que los israelitas conservaran muy poco de la cultura y la religión de los habitantes del valle del Nilo con quienes habían convivido y que, en cambio, debían muchísimo a la tradición caldea que Abraham pudo haber importado de Ur.

Edward Naville, el gran egiptólogo, creyó poder distinguir solamente dos rastros de cultura egipcia en los primeros libros de la Biblia. En el paraíso, la tierra no está regada por la lluvia que cae del cielo, sino por un río, como en Egipto; además, los israelitas adoraron un becerro de oro. Pero el becerro estaba asociado al dios Sin, de Ur, desde tiempo inmemorial y podía ser también el culto de los semitas del Sinaí. Ya hemos dicho anteriormente que, aun cuando los egipcios enviaban a menudo expediciones al Sinaí con la finalidad de procurarse cobre, la península estaba ocupada por tribus de raza semítica.

Más tarde, cuando los judíos estuvieron establecidos en Palestina, la influencia de Egipto se dejó sentir fuertemente, y así vemos a Salomón casarse con una princesa egipcia; además, existen aún fragmentos arquitectónicos de edificios judíos que tienen molduras egipcias. Pero en la época del Exodo es evidente que se verifica una depuración

José y la mujer de Putifar, por el Tintoretto (Museo del Prado, Madrid). La migración de los israelitas a Egipto es relatada en la Biblia con cantidad de detalles. Destaca entre todos la historia de José, hijo de Jacob y Raquel, que fue vendido como esclavo a un oficial del faraón llamado Putifar y llegó a ser primer ministro del rey.



Paisaje jordano de la ruta de Amman a El-Akaba, por donde probablemente anduvieron errantes los hebreos en su regreso de Egipto.

Fotografía tomada desde el Géminis XI de la península del Sinaí, por la que, según el relato bíblico del libro del Exodo, los israelitas vagaron durante cuarenta años en su viaje de vuelta al país de Canaán.



del espíritu de los israelitas y que prefieren éstos las antiguas tradiciones mesopotámicas a las egipcias. Esto es muy importante, porque allí, en el desierto, el dios único de Abraham se erige en dios nacional del pueblo judío y además se fijan ciertos principios fundamentales de moral como mandamientos del propio Iavé, que con el tiempo formarían el núcleo de la Ley, o *Thora*. Estos son los dos grandes beneficios que la humanidad entera debe al caudillo y legislador Moisés.

Muy cierto que Iavé, o Iau, el dios único, es todavía un dios nacional, el dios del pueblo judío únicamente; pero se le venera solo, no está acompañado de una esposa ni de la indispensable cohorte de dioses menores como ocurre en las teogonías de todos los pueblos del mundo, a excepción del judío.

Iavé es un dios celoso, colérico, que pide sacrificios expiatorios, pero se complace en el bien y no exige mutilaciones ni aquellas hecatombes de recién nacidos de otros dioses orientales. A través de la historia se ve a Iavé humanizarse, podríamos decir divinizarse, hasta que puede afirmar, por boca de David, que no son sacrificios, sino un corazón contrito lo que él desea. De este Iavé al Dios del Evangelio ya no hay más que un

paso. Además, Iavé facilitaba la espiritualización de la idea de Dios con un mandamiento importantísimo. Después del primero: "No tendrás más dioses que Iavé", seguía otro capital, fundamental, y, por desgracia, muy pronto olvidado. El segundo mandamiento, según lo transcribe el Exodo, decía: "No harás ninguna imagen de lo que hay en el cielo, ni en la tierra, ni en las aguas que están debajo de la tierra; – ni las adorarás, ni las servirás, porque yo soy un dios celoso, que castiga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generaciones, – pero misericordioso para los que me aman y guardan mis mandamientos".

Todo hombre medianamente culto debería enrojecer de vergüenza al leer este segundo precepto de la Ley de Dios. Todos hemos pecado, olvidando esta prohibición. Causa pena advertir que hace ya más de tres mil años que Moisés se anticipaba al Cristo proclamando, en este segundo mandamiento, que Iavé desea que se adore "en espíritu y en verdad". Fuerza es reconocer que la humanidad es dura de oído, "tiene oídos y no oye". No hay que decir que la nación judía fue la primera en faltar a este segundo mandamiento: las estatuas de Baal y de Astarté se cobijaron al lado del arca del tabernáculo, donde estaba la *Thora,* y aun se habla de imágenes de Iavé, que debían de ser becerros, como las imágenes del dios lunar de Ur. Al culto de los dioses, "labrados por mano de hombre", como dicen los Salmos, se asoció el de las reliquias. El piadoso rey



Cabeza de terracota de mediados del I milenio a. de J. C. relacionada con el culto a las divinidades locales de la tierra de Canaán (Museo de Israel, departamento de Antigüedades, Jerusalén).

Moisés en el monte Sinaí, miniatura de un manuscrito griego del siglo XII (Biblioteca Nacional, París).

EL PUEBLO DE DIOS

La historia de los primeros tiempos del pueblo de Dios está narrada con detalle en los libros históricos de la Biblia. Las deducciones que los sabios han sacado de los hallazgos arqueológicos han servido para completar el relato bíblico en unos casos y para confirmarlo en otros. La Biblia y la arqueología son, pues, las únicas fuentes que nos permiten trazar el esquema del establecimiento de los semitas en Palestina.

A mediados del III milenio a. de J. C., Mesopotamia estaba ocupada por unas tribus de semitas nómadas conocidos por el nombre de amurru. Parte de estas tribus formaban el pueblo arameo, del que los hebreos no eran sino una rama. La Biblia identifica a los arameos con los hebreos, pero, a diferencia de estos últimos, los arameos no llegaron nunca a formar un estado territorial con lengua y costumbres propias, sino que adoptaron las instituciones y la religión de los pueblos con quienes entraron en contacto durante su sedentarización. Estos pueblos fueron los mesopotamios, los hititas, los hurritas y los cananeos, que, siendo semitas venidos de la estepa siria, se hallaban establecidos en la costa fenicia.

Por este mismo tiempo, Palestina estaba ocupada por pueblos aún hoy mal identificados, emparentados quizá con los egipcios o con los pueblos semitas. A finales del III milenio, esta primera población residente en Palestina se dispersó al tiempo que los cananeos se desplazaban desde la costa fenicia a toda la margen occidental del Jordán, que recibió de ellos el nombre de Canaán. No gozaron largo tiempo de la ocupación territorial absoluta, pues a fines del siglo XIX a. de Jesucristo nuevos pueblos nómadas vinieron a establecerse en tierras de Canaán. Entre ellos llegó un grupo de semitas provenientes de Mesopotamia, de quienes la Biblia dice que venían dirigidos por Abraham, natural de Ur.

Con ellos comienza la historia del pueblo hebreo, nombre que significa, precisamente, "gentes venidas del otro lado de río". Su establecimiento en Palestina, entre poblaciones nómadas y sedentarias, se hizo con grandes dificultades, dando lugar a numerosos conflictos tribales y migraciones errantes.

La invasión y conquista de Egipto por los hicsos, hacia 1650 a. de J. C., permitió al pueblo hebreo abandonar el medio hostil en que vivía y dirigirse a la cuenca feraz del Nilo. En el cuadro de esta migración encaja perfectamente la historia de José, hebreo emigrado de quien nos dice la Biblia que llegó a ser primer ministro de un faraón. La permanencia de los hebreos en Egipto fue, según la Biblia, de dos siglos. Modernas corrientes históricas la hacen durar desde la época de Amenofis II (1450 a. de J. C.) hasta el reinado de Ramsés II (1240 a. de J. C.), que los expulsó del país, o desde el comienzo de la dominación de los hicsos (1650 a. de J. C.) hasta 1440 a. de J. C. Durante este exilio y el largo retorno a la tierra prometida se afirmó la personalidad del pueblo hebreo y su conciencia de unidad. La alianza sellada con Jahvé fue la ley suprema de su organización, basada en una federación de tribus originarias de los doce hijos de Jacob, bajo la autoridad de Moisés, elegido por Dios desde su nacimiento para dirigir el retorno de su pueblo a Palestina.

A su regreso de Egipto, los hebreos encontraron en la tierra de Canaán a algunos reyezuelos que defendían la soberanía de sus pequeños reinos con todos los medios, hasta con la ayuda de tropas mercenarias. Sustituirlos en el territorio que ocupaban fue la lenta labor de los llegados de Egipto. Decimos sustituirlos, porque no parece que hubo una penetración armada ni una resistencia encarnizada, sino más bien un deslizamiento imperceptible. Las luchas que habían diezmado el país de Canaán entre los cananeos y los pueblos del mar lo habían dejado incapaz de resistir cualquier otra invasión. La toma de Jericó, que la Biblia describe como una admirable hazaña guerrera, no debió ser tal. En realidad, la resistencia a su penetración provino, casi en su totalidad, de los cananeos, constituidos en principados urbanos, demasiado fuertes para que un grupo de tribus seminómadas fueran capaces de destruirlos fácilmente, y de los filisteos, guerreros temibles a juzgar por el Goliat que describe la Biblia. Pero la suave penetración de los israelitas, el rápido aumento de su población y la progresiva sedentarización de las tribus hicieron que pronto les perteneciera todo el territorio.

Establecidas en Canaán, las tribus hebreas se repartieron el país y se instalaron en él de forma estable, formando una federación que consolidó la unidad política y religiosa. Manifestación de esta unidad fue el nombre que tomó desde entonces el conjunto de todas las tribus: Israel. Pero esta confederación nunca llegó a tener gran eficacia política. Tanto es así, que sólo por verdadera excepción, como en el caso de Gedeón, Israel estuvo gobernado por un jefe. Lo corriente era que cada tribu tuviera su jefe y que, en caso grave, fuera designado uno en común hasta que se solucionara la crisis. Estos jefes fueron llamados Jueces y su autoridad, apoyada por su valor personal, les venía directamente de Dios y no de una elección o sucesión legal.

La concepción del poder cambió en Israel quizá por imitación de los reinos que desde fines del II milenio a. de J. C. existían a la otra orilla del Jordán y del mar Muerto. Samuel, el último de los Jueces, ungió rey a Saúl para salvar a su pueblo. David fue el rey-poeta a quien sucedió Salomón, que llevó la monarquía al apogeo de su prestigio y poder. A su muerte, el reino se dividió en dos: el de Judá, con capital en Jerusalén y mandado por Roboam, y el de Israel, con capital en Samaria y regido por Jeroboam. El reino de Judá duró hasta la toma de Jerusalén por Nabucodonosor (597 a. de J. C.), fecha en que fue destruido el templo y los judíos deportados a Babilonia. El reino de Israel cayó en 721 a. de J. C., en que Sargón II ocupó Samaria e Israel se convirtió en provincia asiria.

V. G.

Ezequías tuvo que destruir la vara de Moisés, convertida en serpiente de oro, que era adorada por el pueblo judío.

Los otros ocho mandamientos son bien conocidos, pero los copiaremos tal como están redactados en el Exodo:

3.º Tú no invocarás el nombre de Iavé en vano, porque Iavé no perdona al que le invoca vanamente.

4.º Acuérdate del sábado. Santifícalo. – Trabajarás seis días, y en ellos harás toda tu labor. – Pero el séptimo es el sábado de Iavé. No trabajarás en sábado, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tus bueyes, ni el extranjero que está en tu casa. – Porque en seis días hizo Iavé el cielo y la tierra y el mar, y todo lo que hay en ellos, y descansó el séptimo día, bendiciendo el sábado y santificándolo.

5.º Honra a tu padre y a tu madre para que vivas largos días sobre la tierra que Iavé te ha dado.

6.º No matarás.

7.º No cometerás adulterio.

8.º No robarás.

9.º No levantarás falso testimonio contra tu vecino.

10.º No desearás la casa de tu vecino,

Alegoría escultural de las tablas de la Ley entregadas por Dios a Moisés en el monte Sinaí, obra de Subirachs en la fachada de la facultad de derecho de la universidad de Barcelona.



ni la mujer de tu vecino, ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni ninguno de los bienes de tu vecino.

La lectura sumaria de estos ocho mandamientos últimos refleja un estado de vida muy distinto del que llevaban los israelitas nómadas en el desierto. Se habla de la tierra que Iavé ha dado a cada uno, de su casa y sus bueyes, y de extranjeros admitidos como huéspedes. La misma institución del sábado parece incompatible con la vida de los nómadas. El cuidado de los ganados, abrevarlos y llevarlos al pasto son ocupaciones diarias que no pueden interrumpirse cada seis días. Todo esto ha hecho suponer que el *Decálogo,* por lo menos en su forma actual, no pudo haber sido redactado por Moisés. Pero la crítica ha empezado a reaccionar es-

LA BIBLIA COMO HISTORIA DE ISRAEL:
I. DISTINTOS PROCEDIMIENTOS EN LA ELABORACION DE LOS LIBROS HISTORICOS

Dentro del conjunto bíblico, buen número de libros han sido clasificados como históricos y se ha destacado la importancia de la historia en la cultura y literatura israelitas, abocadas desde sus comienzos a la narración de las peripecias del pueblo elegido y sus más destacadas figuras.

No obstante, hacer historia no es el objeto del autor bíblico; éste en ningún momento se propone inventariar datos o noticias relativos a una época determinada, sino que, apoyado en una concepción del acontecer humano como ordenado y gobernado por Dios con fines morales, aduce, selecciona e interpreta hechos anteriores para sus contemporáneos, con la idea de confirmar sus esperanzas de pueblo elegido.

Historia providencialista la hebrea, no es una historia completa: son frecuentes omisiones, simplificaciones o hipérbole de los acontecimientos. Historia semejante a la de los otros pueblos orientales, no es posible exigirle la exactitud y coherencia del relato o la precisión cronológica.

Cada libro de la Biblia pertenece a un género literario distinto y del mismo modo que la comprensión de su estructura interna debe abordarse desde el estudio general de los géneros de la literatura oriental y sus modos de composición y expresión, la veracidad del contenido de cada libro debe investigarse una vez fijadas las formas peculiares de expresión de la realidad en cada género.

Distintos procedimientos de composición y fines diversos en los libros históricos.

HISTORIA EPICA

HISTORIA DOCUMENTAL

HISTORIA POPULAR

HISTORIA DE TESIS

HISTORIA DIDACTICA

Libro de las Crónicas. La historia de David es narrada como exaltación de un personaje y unos tiempos modélicos por la teocracia israelita, que aspira a una restauración de las normas anteriores.

Libro de los Reyes y parte del de Samuel. Se habrían utilizado documentos de los archivos reales y del templo de Jerusalén; también escritos anteriores que no han llegado a nosotros: "Ciclo de Elías", "Recuerdos de Isaías", etc. Serían los libros de mayor rigor histórico.

Historia de Moisés en el Pentateuco, primeros capítulos del Génesis, relato de la conquista en el Libro de Josué y Jueces. El autor redacta su texto siguiendo tradiciones orales de fondo histórico transmitidas de generación en generación, cantadas por rapsodas y conservadas en los grandes centros religiosos.

Parte del Libro de los Reyes, Jueces, Josué y Daniel. Con un relato detallado y vivaz, que recoge tradiciones y leyendas, de gusto folklórico en ocasiones, humorístico e hiperbólico, se explican hechos históricos de indudable realidad –historia de Sansón–

Libros de Tobías, Judit, Ester, Jonás o Daniel. A través de la biografía edificante de una figura ejemplar se pretende dar una enseñanza moral.

LA BIBLIA COMO HISTORIA DE ISRAEL: LA POLEMICA SOBRE LA AUTENTICIDAD MOSAICA DEL PENTATEUCO

Hasta el siglo XVIII, la tradición judía y la cristiana atribuyen unánimemente a Moisés el Pentateuco o conjunto de los cinco primeros libros de la Biblia. En Occidente, la versión más propagada sería la incluida en la Vulgata latina, prestigiada ésta por la autoridad de la Iglesia católica.

Siglo XVII: la crítica renacentista

Interesados profundamente los humanistas por el estudio de las lenguas antiguas, perfeccionan el conocimiento de sus gramáticas y se prodigan las versiones de los originales más notables. El análisis de los textos, la crítica filológica, los problemas que plantea una traducción exacta y fiel, aplicados, en principio, a los clásicos, se extendieron luego a los libros sagrados. De esta manera, los grandes estudiosos humanistas revelaban los distintos manuscritos de la Biblia, las discordancias entre ellos, las licencias de la Vulgata. Los estudios bíblicos de esa época enuncian ya cuestiones fundamentales: ¿puede reconstruirse el texto más primitivo de la Sagrada Escritura?; entre las distintas variantes, ¿cuál debe aceptarse?

Siglo XIX: la crítica moderna.

Ha desarrollado con medios y métodos más científicos los presupuestos esenciales de las anteriores, para afirmar finalmente que el Pentateuco es una compilación de escritos de diferentes épocas y autores, en todo caso posteriores a los hechos relatados, retocada y modernizada en varias ocasiones y, por tanto, de limitado valor histórico.

Siglos XVII-XVIII: la crítica racionalista.

La crítica racionalista aporta interesantes observaciones sobre el contenido y el lenguaje de los Libros Sagrados:

EL CONTENIDO. Un lector atento advierte prontamente en el relato del Pentateuco repeticiones, contradicciones básicas y aun narraciones duplicadas: la conquista de Canaán aparece en la principal trama del Libro de Josué como realizada en pocos años, obra de una generación, y, sin embargo, en el mismo libro referencias constantes indican que tal empresa se llevó a cabo a lo largo de mucho tiempo y como penetración lenta y pacífica.

LA ESTRUCTURA GRAMATICAL. El lenguaje, el vocabulario empleado, los modos de expresión varían en el Pentateuco, que ofrece fragmentos que por su estructura lingüística parecen menos evolucionados que otros. El mismo nombre de Dios no permanece idéntico.

La crítica racionalista concluye que Moisés no es el único autor del Pentateuco (Richard Simon, 1678, y Astruc, 1753).

La exposición más autorizada de las teorías modernas la realizó Wellhausen en el artículo "Hexateuco" de la Enciclopedia Bíblica en 1901.

El Pentateuco sería una compilación de cuatro fuentes o documentos anteriores a Moisés, cada uno con su estilo y doctrina. Estos documentos son:

Documento Jahvista (J), compuesta en Judá hacia el siglo IX-VIII.

Documento Elohísta (E), compuesto en los reinos del Norte hacia el siglo VII.

Documento Deuteronómico (D), compuesto en Jerusalén hacia el siglo VII-VI.

Los dos primeros habrían formado una primera compilación (JE), caracterizada por conservar con cuidado las antiguas tradiciones. A este primer Pentateuco, los sacerdotes de Jerusalén habrían añadido un conjunto de leyes modernas en relación con la gran reforma religiosa del rey Josías.

Documento sacerdotal (P), época del destierro en Babilonia, siglos VI-V.

Este se habría sumado al texto anterior (JEP) y consistiría en un códice sacerdotal procedente del gran movimiento sacerdotal y teocrático en pro de la restauración de Israel.

Crítica científica a la teoría de Wellhausen.

La teoría de Wellhausen ha sido atacada desde muy distintos puntos de vista y, en parte, superada por los estudios de la primera mitad del siglo XX. Los nuevos conocimientos sobre historia oriental, la revalorización de la tradición oral han contribuido a una reconsideración del valor histórico de la Biblia y del Pentateuco y a admitir como hechos ciertos algunos relatos calificados antes de anacrónicos.

No obstante, se admite comúnmente la multiplicidad de fuentes en el Pentateuco y su carácter de compilación de fragmentos datados sucesivamente.

Las reacciones católicas.

Posición moderada: padre Lagrange.
No es preciso ligar el valor y la verdad históricos del Pentateuco con el problema de su autenticidad mosaica. Pueden aceptarse parcialmente las conclusiones de la crítica moderna; cabe profundizar más en el estudio de la cuestión.

Posición conservadora: padre Vigouroux.
La crítica de Wellhausen procede de medios cientifistas, materialistas y anticristianos; su objetivo es desacreditar la Revelación y negar su posibilidad.

La opinión más conservadora fue la adoptada oficialmente por la Iglesia católica:
1906, Decreto de la Comisión Bíblica.
1909, Nuevo Decreto confirmando el anterior: se afirma la autenticidad mosaica.
1948, Carta de la Comisión Bíblica al cardenal de París: interpretación más liberal de los decretos anteriores.
1950, Encíclica "Humani Generis" de Pío XII, retorno a posiciones conservadoras.

En los últimos tiempos, los exegetas bíblicos católicos han tendido a la colaboración con equipos de escrituristas de tendencias diversas y a la profundización en el estudio científico de la literatura e historia orientales como medio adecuado para el establecimiento de la verdad bíblica.

tos últimos años, y arqueólogos tan equilibrados como Edward Naville han llegado a sostener que no sólo el *Decálogo*, sino toda la *Thora* o ley mosaica es obra personal de Moisés. La balanza todavía parece caer del lado de la alta crítica que niega toda participación a Moisés en la redacción de la *Thora*. Pero el *Decálogo* creemos que es obra del gran caudillo que arrancó a Israel de Egipto. Claro está que las alusiones que hace a una vida sedentaria son innegables, pero no olvidemos que Moisés guiaba a su pueblo para establecerlo en Canaán, o sea la Palestina. Los judíos sabían lo que era la vida sedenta-



Esmalte románico del siglo XII que representa a Moisés y Aarón como caudillos del pueblo de Dios en su peregrinar por el desierto (Museo del Bargello, Florencia).

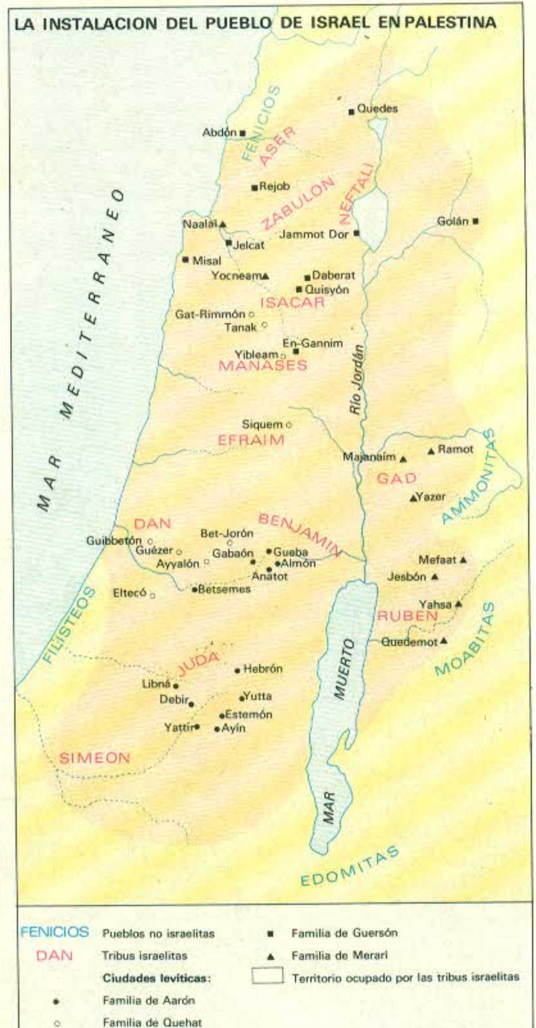
Vista parcial del actual poblado de Jericó, edificado sobre las ruinas de la antigua ciudad, la primera que tomó Josué, sucesor de Moisés, al entrar en la Tierra Prometida.

ria; darles una legislación hablando de casas y bienes permanentes no era en ninguna manera un despropósito. Además, es evidente que Moisés no piensa instituir el sábado como cosa nueva. Dice: "Acordaos del sábado...", y ya hemos visto que el sábado era una institución mesopotámica, y hemos afirmado en otro capítulo que hasta su propio nombre es sumerio. Los israelitas debían de guardar el sábado desde los tiempos de Abraham, por lo que Moisés se limita solamente a dar carácter de precepto religioso al día de descanso.

Moisés, pues, en los dos primeros mandamientos no hizo más que expresar lo que todo hombre religioso y culto siente y piensa: un solo Dios, adorado en espíritu y en verdad. Los otros ocho mandamientos reflejan una tradición más antigua que Moisés mismo. El Código de Hammurabi en sus artículos primeros impone castigos tremendos al que levanta falsos testimonios. La gloria de Moisés consiste en haber concretado en diez breves mandamientos los principios de religión y moral que algún día podría aceptar la humanidad entera. Pero si, por lo que toca al *Decálogo,* no hay dificultad insuperable en aceptarlo como obra de Moisés, por lo que hace referencia a la *Thora,* o ley sacerdotal, ya no es tan fácil eliminar las dudas. La *Thora* es una larga compilación de preceptos morales, leyes civiles y canónicas. El rito y el culto de Iavé, con sus complica-



Paisaje del valle de Jericó, transformado modernamente por el regadío.



dos símbolos y sacrificios, forman parte de la *Thora* y están redactados (en los primeros libros de la Biblia) como obra exclusiva de Moisés.

Pero es evidente que en la *Thora* hay mucho material moderno y que los levitas que la compilaron introdujeron en ella el ceremonial del templo de Jerusalén de una época muy posterior al Exodo, pero hay una parte, lo que llamaríamos código civil, que es posible que sea obra suya.

El Exodo dice que "Jethro, suegro de Moisés, sacerdote del Sinaí", habiendo oído las aventuras de su yerno en Egipto y sabiendo que éste se encontraba en la vecindad del Sinaí con todo su pueblo, fue a visitarle con su hija y sus nietos (que eran la esposa y los hijos de Moisés) y Moisés salió a recibirle y se prosternó ante él y le besó. Y cuando el suegro de Moisés vio a su yerno administrando justicia a aquella multitud le dijo: "Esto os cansará a ti y a tu pueblo; es trabajo demasiado pesado para ti, tú no puedes juzgar personalmente todos los casos de tu nación". Y entonces Jethro aconsejó a Moisés que diera un código de leyes a su pueblo para que los jueces pudieran fallar las causas según la Ley. Y si recordamos que Jethro era un rey-sacerdote del Sinaí y además semita, y por tanto de una cultura de tipo babilónico, ya podemos prepararnos, pues, a encon-

trar en la redacción del texto de la *Thora* resabios del Código de Hammurabi, que reflejan la antigua "costumbre" por la que se regían desde tiempo inmemorial los habitantes del delta del Eufrates.

Moisés murió en el desierto de Moab, a la vista de la tierra prometida o de Canaán. La traducción literal del quinto versículo del capítulo 34 del Deuteronomio puede ser ésta: "Y Moisés, el siervo de Dios, murió en la boca de Iavé". Esto es, que Iavé se llevó su alma con un beso. Después el mismo Iavé lo enterró en los valles de Moab. "Y nadie conoce su sepulcro hasta nuestros días", añade el texto sagrado. ¡Qué grandeza en este final! El animoso guerrero, el sagaz político, el vidente, el profeta, el legislador, muere al pasar Iavé, que le besa con su soplo. Ningún mausoleo, ningún sepulcro, ninguna pirámide o imagen ha señalado su tumba. Su monumento eran unas cuantas tabletas de arcilla, con escritura cuneiforme, que, encerradas en una arca, guardaban diez simples reglas de conducta o preceptos de sencilla y, a la vez, altísima moral que no han llegado todavía a caducar al cabo de los siglos, porque en ellas se enseña a las criaturas humanas a vivir y comportarse dignamente.



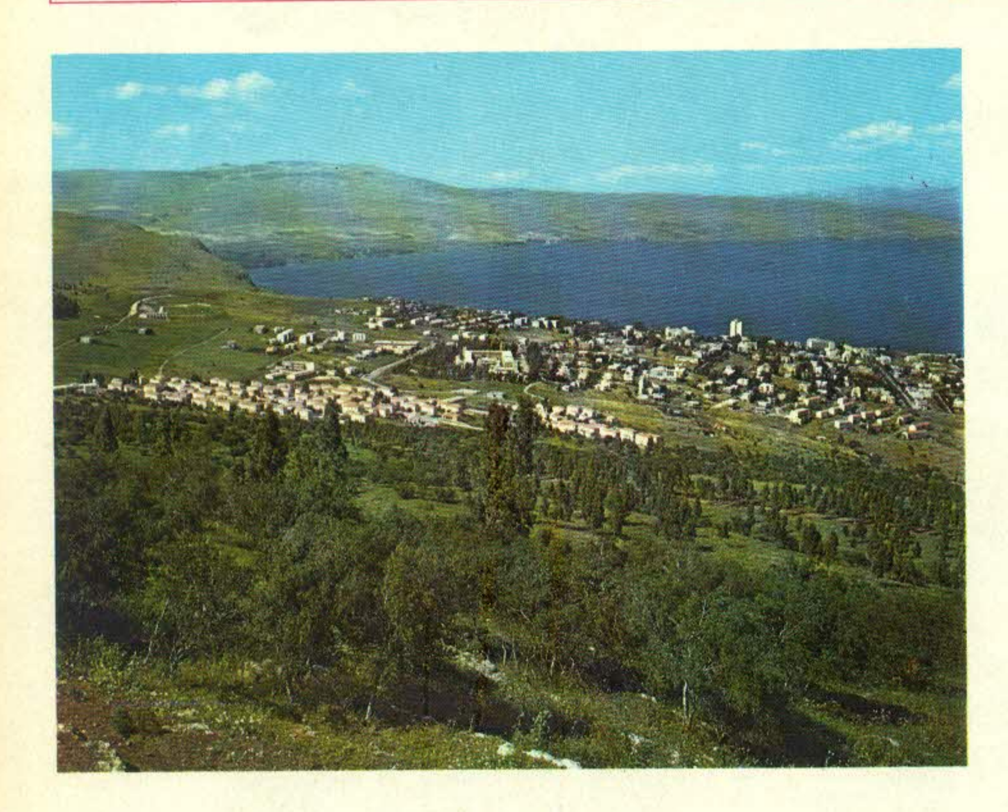
Estela del siglo IX a. de J. C. que probablemente representa a uno de los guerreros que hicieron frente a los israelitas en las estepas de Transjordania.

Tapiz del siglo XVI que representa a Sansón destruyendo el templo (Museo Diocesano, Tarragona). Las actividades de este juez de Israel en favor de la libertad de su pueblo son narradas en el Libro de los Jueces, de la Biblia.

63

BIBLIOGRAFIA

Albright, W. F.	*Arqueología de Palestina,* Barcelona, 1962.
Barrois, A. G.	*Manuel d'Archéologie biblique,* París, 1939-1959.
Bertholet, A.	*Histoire de la civilisation d'Israel,* París, 1929.
Bright, J.	*A History of Israel,* Londres, 1964.
Dhorme, E.	*Langues et écritures sémitiques,* París, 1930.
Fillion, L.	*Histoire d'Israel,* París, 1927.
Franken, H.	*Palestine in the time of the 19th Dinasty,* en "Cambridge Ancient History", Cambridge, 1968.
Kenyon, K. M.	*Arqueología en Tierra Santa,* Barcelona, 1963. —*Jerusalem. Excavating 3.000 years of History,* Londres, 1967.
Moscati, S.	*Las antiguas civilizaciones semíticas,* Barcelona, 1960.
Noth, M.	*The History of Israel,* Londres, 1958.
Oesterley, O. E., y Robinson, T. H.	*A History of Israel,* Oxford, 1945 (2 vols.).
Olmstead, J.	*History of Palestine and Syria,* Nueva York, 1941.
Parrot, A.	*Mari,* Neuchâtel, 1953.
Ricciotti, A.	*Historia de Israel,* Barcelona, 1966.
Rolla, A.	*La Biblia ante los últimos descubrimientos,* Madrid, 1965.
Smith, O. A.	*The historical Geography of the Holy Land,* Londres, 1931.
Tabouis, G.	*Salomon, roi d'Israel,* París, 1934.
Thieberger, F.	*King Salomon,* Londres, 1948.



Vista de la ciudad de Tiberíades, junto al mar de Galilea, en el estado de Israel.